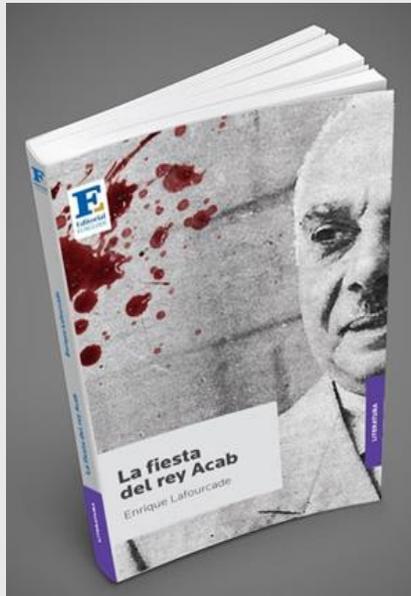


Variaciones sobre el ogro a secas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 - 00:43

Enrique Lafourcade, *La fiesta del rey Acab*, Santo Domingo, Funglobe, 2013.

por Guadalupe Rodríguez de Ita*



Cuando llegó a mis manos esta edición de *La fiesta del rey Acab* y vi que en un cintillo se destacaba que se trataba de “la primera novela sobre Trujillo y Galíndez”, no reparé demasiado en la parte inicial de la oración y, guiada por la segunda parte de la misma, en principio me resistí un poco a leerla, pues me pregunté qué tanto me asombraría una recreación literaria acerca del dictador dominicano, del profesor vasco secuestrado y desaparecido por dicho dictador, así como de la oposición antitrujillista después de haber leído *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán; *En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez y, por supuesto, *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, que salieron a la luz por primera vez en 1991, 1994 y 2000, respectivamente. Obras conocidas y reconocidas por sus altos tirajes, varias ediciones, buena crítica y algún galardón. Novelas que, además, habían sido llevadas al cine, por cierto con poca fortuna, en el primer lustro del nuevo milenio.

Con todo, me animé a ojearla y entonces, como diría mi “filósofo” caribeño y salsero: “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...”. La obra me asombró positivamente, por varios motivos. Entre ellos, por el hecho de que fue publicada por primer vez en el lejano 1959, en el territorialmente distante —al menos para mexicanos y dominicanos— Santiago de Chile, por la editorial Del Pacífico, siendo su autor el chileno Enrique Lafourcade, quien era por aquel entonces un novel escritor, hoy consolidado plenamente. Así, comprendí que, en efecto, se trataba de la primera novela sobre del denominado “caso Galíndez” y sobre el ocaso de Trujillo.

Otro punto que me interesó de esta reciente edición —realizada en 2013, en Santo Domingo por la editorial Fonglobe— es que cuenta con un documentado y espléndido prólogo del Dr. Pablo Mariñez, embajador de la República Dominicana en Chile. Allí el prologuista aporta importantes datos acerca de Lafourcade, así como de la llamada “generación del 50” de escritores chilenos a la que éste perteneció, que fue un parteaguas en la literatura del país conosureño. Enseguida ofrece información acerca de Jesús de Galíndez, autor del texto crítico *La era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, publicado por primera vez en Chile en 1956, por la ya mencionada editorial Del Pacífico; de su secuestro y desaparición, así como del asesinato de quienes participaron en ello; de la difusión y el análisis tanto del texto como del “caso Galíndez” realizados por críticos del dictador, pero también por partidarios de éste. Más adelante explica por qué, en aquellos años, el país conosureño sacó a la luz esas obras referentes a Trujillo; para ello hace un estupendo estudio de la industria editorial chilena, así como un conciso análisis de la política interna de Chile y República Dominicana. Más aún, hace referencia a la coyuntura política internacional y continental; además examina con gran cuidado la V y la VI Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos OEA de 1959 y 1960, respectivamente, donde el dictador, la media isla y el Caribe fueron el centro de atención.

Un dato que destaca el Dr. Mariñez es que poco antes de que se realizara la primera de esas reuniones interamericanas el director de la editorial Del Pacífico encargó a Lafourcade un texto sobre el tirano dominicano, con el fin de distribuirlo durante el encuentro de cancilleres. De esa peculiar manera nació *La fiesta del rey Acab*, acerca de la cual el prologuista brinda interesantes pistas sobre algunas características de la novela; hace hincapié en lo que considera medidas de seguridad tomadas por el escritor ante posibles reclamos y represalias de Trujillo, como lo son, por ejemplo, el epígrafe en el que Lafourcade declara que su obra es de ficción, así como el cambio de nombres reales a ficticios.

Después de leer el erudito prólogo, como estudiosa entusiasta del proceso histórico dominicano correspondiente al siglo XX y como lectora animosa de novelas, me sumergí en ésta. De lo primero que me percaté es que el autor recurre a un recurso relativamente poco usual para estructurar su obra, como es narrar una serie de acontecimientos como si sucedieran en un mismo día, en 24 horas; así, el relato va, hora por hora, a veces casi minuto a minuto, creando una atmósfera expectante. Otro recurso más usual, pero no por ello menos interesante empleado por el escritor es basarse fundamentalmente en diálogos que hacen que la lectura sea bastante ágil y amena.

Como cualquier lector —informado o no del devenir dominicano—, lo siguiente que encontré es una narración que gira en torno a un “tiranuelo ridículo en un país tropical”, como lo califica el autor (p. 24), así como a sus aliados y a sus opositores. Los hechos relatados se presentan como un circo de tres pistas que se interconectan. En la pista principal se desarrolla un fastuoso festejo por el cumpleaños del dictador, donde se hacen evidentes las intrigas palaciegas. En otra pista se exhibe el secuestro y ejecución de un profesor español, vasco en particular, considerado enemigo del gobernante, donde se muestra el nivel de represión y tortura que se llevaba a cabo en los sótanos del palacio. En una tercera pista se despliega un complot organizado por estudiantes para asesinar al tirano, donde se patentiza el grado de hartazgo de los sectores medios de la sociedad.

Por otra parte, para mí, y seguramente para cualquier otro lector que conozca —así sea un poco— la República Dominicana y su historia, queda claro que la novela se desenvuelve en esa media isla del Caribe, pues aunque en ninguna parte se le menciona con todas sus letras, sí se ofrecen una serie de elementos que permiten deducirlo. Entre ellos, por ejemplo, se alude a varios países americanos por su nombre —como los Estados Unidos, México, Cuba, Haití, entre otros—, con los que mantiene relaciones el país donde se desarrolla la acción, pero nunca se escribe el nombre de la Dominicana, lo que puede ser tomado como una referencia encubierta.

La ubicación temporal tampoco es precisada de manera explícita en la obra. Sin embargo, para cualquier lector que tenga noción de que el rapto del profesor vasco fue en marzo de 1956 y el asesinato o —si se prefiere— el ajusticiamiento del dictador en mayo de 1961, se puede inferir que la narración se circunscribe a la segunda mitad

de los cincuenta del siglo XX; en particular al último año de esa década, dado que de manera un tanto furtiva en el texto se hace referencia indirecta a la revolución cubana (p. 72). En cuanto a la temporalidad, cabe mencionar que el escritor se permite una licencia literaria, pues no todos los hechos que narra se verificaron en 1959, y mucho menos en 24 horas.

Otro elemento que contribuye a que un lector que conozca —poco o mucho— el devenir dominicano confirme que la novela trata sobre el trujillato es que los personajes, casi en su totalidad, son sujetos históricos identificables, a pesar de que son presentados con nombres ficticios, a veces un tanto artificiosos o simplones. Los actores más reconocibles son los trujillistas. Para empezar, el dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina, autodenominado Benefactor de la Patria, aparece en el libro como el protagónico César Alejandro Carrillo Acab, el Dispensador. Sus colaboradores más cercanos no escapan al cambio de nombre: el temido Jonnny Abbes García, jefe de los Servicios de Inteligencia Militar (SIM), es presentado como Kurt von Kelsen; en tanto Arturo Espaillat, secretario de Defensa, como Josefát. Tampoco escapa el embajador estadounidense William T. Pheiffer (1953–1957), quien se asoma como el aparentemente insignificante Cecil T. Raven; ni el ex mandatario argentino exiliado en la isla Juan Domingo Perón (1958–1960), que aparece como Pedro Domingo Absalón; en tanto que al profesor chileno Waldo Ross, cooptado por Trujillo, le da el nombre ficticio de Waldo Roth. Y así se puede seguir con una larga lista de aliados de Trujillo.

Por otro lado, los personajes opositores al tirano son menos reconocibles, pues el autor los bautiza con más sutileza, quizá como un mecanismo de protección o defensa frente al dictador para los sujetos históricos o para sí mismo. Por ejemplo, a Jesús de Galíndez, el profesor vasco, a quien se le puede considerar coprotagonista de la obra, pues se le menciona a lo largo de ella, sólo se le alude allí con su nombre de pila y sin apellido alguno. Mientras tanto, el actor principal del complot para matar al tirano se presenta en el texto con el nombre de Cosme San Martín que no es tan fácil de reconocer, pues varios bachilleres y universitarios participaron en conspiraciones, pero bien podría ser un Manolo Tavarez Justo, el compañero de la ahora muy conocida Minerva Mirabal; en condiciones similares está el personaje de Rosita, la joven que jugará un papel destacado en el asesinato del dictador.

Dado que la obra es literaria, cabe apuntar el escritor se permite presentar a los personajes y, por extensión, a la narración en su conjunto en términos maniqueos. Así, en el libro, por un lado, están los trujillistas que son seres envilecidos. Por ejemplo, a Trujillo lo exhibe como un ser violento, torturador (pp. 127–135), pero también como alguien débil y frágil, influenciado y hasta manipulable por su esposa (pp. 81–86) y por su hijo–consejero de ocho años (pp. 45–49); lo pinta como un hombre presuntuoso y caprichoso, dado a los excesos de comida y bebida, incluso de enervantes (pp. 20–22, 145–157), y con poca resistencia a tales excesos. Lo que en muchos sentidos contrasta con el Trujillo de Vargas Llosa y de otros autores, literarios o no.

En el lado contrario, la oposición y los opositores al dictador son enaltecidos en la novela. A Jesús, el profesor vasco, lo presenta como un “fino hombre, melancólico” (p. 64), “un hombre que ama la verdad” (p. 133), un ser con gran dignidad y valor (pp. 131–133); elementos que no encajan del todo con el Galíndez de Vázquez Montalbán, quien en su libro lo presenta —como escribió el propio autor en un artículo— como un “héroe impuro”, con cualidades, sí, pero también con devaneos. En lo que toca a los estudiantes anti–trujillistas, éstos son definidos como “seres puros [...] seres grandes, llenos de nobleza” (p. 100), que quieren “hacer una patria” (p. 60) y crear “la nueva sociedad de trabajo, de estudio” (p. 61), un tanto como los muestra la obra de Julia Álvarez.

En fin, en mi opinión, este libro con sus aparentes imprecisiones espacio–temporales, sus artificios eventualmente simplones de los personajes y su relato maniqueo logra una recreación literaria verosímil de una tiranía cualquiera, por lo que la obra puede inscribirse en el subgénero de la novela del dictador, que tomó nuevos bríos durante el llamado *boom* latinoamericano.

Pero no sólo eso, si se va más allá de las licencias literarias del autor, el texto consigue recrear con un alto grado de verisimilitud al trujillato; así, en un relato breve si se compara con otras obras, en especial con las tres mencionadas al inicio consigue exponer los temas centrales abordados por ellas; esto es, al propio trujillato en general, así como al dictador, a Galíndez y a la oposición estudiantil, en particular. Por tanto, este libro —escrito y publicado hace más de 50 años— es pionero de las novelas sobre el dictador dominicano, acerca del que han corrido tales ríos de tinta que no pueden compararse con ningún otro tiranuelo caribeño, en particular, o latinoamericano, en general.

Por estas y otras razones, que por falta de espacio no puedo exponer aquí, la obra echó abajo mis reservas iniciales y me asombró gratamente. Por eso no dudo en sugerir ampliamente su lectura, pues, parafraseando a Rubén Blades, esta novela nos da sorpresas, sorpresas nos da esta novela...

* Instituto Mora.

Tags:

[Mirar libros](#)